

## CONCLUSIONES

Después del repaso de hechos, sucesos, procesos y protagonistas, identificamos las principales características del sistema político canadiense, así como los momentos determinantes que dibujan su realidad en la actualidad. En ese sentido, resulta claro cómo liberales y conservadores han sido capaces de construir sus plataformas partidistas que con el paso de las décadas llegaron a ser valores compartidos con el resto de la sociedad canadiense. Como parte de esta construcción de valores políticos, a lo largo de estas páginas, hemos podido observar los procesos particulares que llevaron al poder a liderazgos emblemáticos conservadores, como son los casos de John Alexander Macdonald (1815-1891), Robert Borden (1854-1937) y John Diefenbaker (1882-1973). Como contraparte, hemos revisado los más trascendentes liderazgos liberales de la historia, representados por Alexander Mackenzie (1822-1892), Wilfrid Laurier (1841-1919), William Lyon Mackenzie King (1874-1950), Louis St. Laurent (1882-1973) y Pierre-Elliot Trudeau (1919-2000), personajes que pudieron, a través de sus gestiones de gobierno, moldear en buena medida las dinámicas políticas del país durante una parte considerable de los siglos XIX y XX.

Analizamos también cómo el federalismo canadiense posee características muy particulares que lo hacen un sistema viejo y anacrónico, pero al mismo tiempo, funcional y efectivo en la actualidad. En esta dinámica, es evidente que tal maquinaria política ha sobrevivido gracias a la conjunción de intereses de las élites liberales y conservadoras, mismas que han conjugado esfuerzos para el mantenimiento y la operación funcional de las añejas estructuras de gobierno.

Esta dinámica ha estimulado un balance de poderes entre las élites en Canadá, que se ha alcanzado mediante una práctica cerrada y oligárquica que no facilita la entrada de nuevos protagonistas al escenario político, pues su ingreso podría generar cambios abruptos en los delicados equilibrios de poder en el país. De hecho, es muy interesante observar cómo precisamente en los momentos en que aparecen fallas sistémicas, los protagonistas de la lucha política acuden al federalismo apelando a la responsabilidad, compromiso y buena voluntad para resolver esas fallas a favor del bien común, lo cual explica en buena medida por qué el federalismo canadiense ha otorgado poderes tan extensos al Ejecutivo y, de manera particular, al primer ministro en turno como jefe de gobierno.

Empero, deben recordarse los casos en donde la labor de las élites liberales y conservadoras no ha sido del todo exitosa, sobre todo por falta de acuerdos, una constante para el caso de Quebec, asunto que, si bien aparentemente se considera un tema superado desde 1999 —gracias a la aprobación del Acta de Claridad durante la administración del liberal Jean Chrétien—, lo cierto es que los fracasos de los acuerdos de Lago Meech (1987) y de Charlottetown (1990) pusieron en jaque la unidad política canadiense, sobre todo después del referéndum de Quebec de 1995, cuando el 1.1 por ciento fue la diferencia entre la unidad o el desmembramiento nacional a mediano plazo. De hecho, la emergencia nacional que causó el referéndum de Quebec de 1995 fue, sin duda, un elemento primordial para la unificación de las élites del país en sus esfuerzos por mantener a toda costa la cohesión geográfica de Canadá como ente político, sin importar la violación de reglas en el gobierno, tal como quedó de manifiesto en los resultados que presentó la Comisión Gomery en noviembre de 2005.

Lugar aparte merece la terrible fractura que se gestó desde los años setenta al interior del Partido Liberal, a partir de la pugna entre Pierre-Elliot Trudeau y John Turner. Ésta obedeció precisamente al choque entre dos visiones divergentes en la forma de hacer gobierno: tecnócratas más conservadores en materia económica, que se enfrentarían ideológicamente a otro grupo de políticos burócratas liberales, promotores del modelo keynesiano. Así, muy pronto el conflicto trascendió creando más divisiones mediante la conformación de dos bandos internos irreconciliables: uno de tecnócratas jóvenes alrededor de la figura de Paul Martin y otro que aglutinó burócratas experimentados en la acción de gobierno que apoyaban la gestión de Jean Chrétien. Gradualmente fue posible constatar cómo, pese a los intentos de Chrétien por amalgamar a ambos bandos en torno a su gobierno, la ambición del grupo de Martin terminaría debilitando al primer ministro, forzando incluso su salida adelantada justo en momentos cuando los liberales gozaban de un amplio gobierno de mayoría y del control político del país.

Como se vio, tales divisiones afectaron también al gobierno de Paul Martin quien, sin la capacidad ni el liderazgo necesarios para amalgamar de nueva cuenta a sus correligionarios en torno a una causa común, vería disminuida su influencia a partir de los resultados electorales de 2004, una vez dados a conocer los primeros hallazgos de las investigaciones en torno al desvío de recursos, tráfico de influencias y conflictos de interés que se dieron en la contratación directa de compañías de publicidad encargadas de fortalecer la imagen de la unidad federal en la provincia de Quebec durante los años ochenta y noventa.

De tal forma, y sólo gracias a la división liberal, el otro grupo dominante del país, los conservadores, lograron volver de nueva cuenta al poder después de haber sufrido un proceso interno de divisiones y rupturas desde los años ochenta. Todo

este escenario divisorio entre las filas *tories* se aceleraría justo cuando el Partido Conservador Progresista perdió presencia a nivel nacional, sobre todo después del surgimiento del Partido Reformista en 1987. Esta ruptura fue resultado precisamente de las políticas conservadoras puestas en marcha durante el gobierno de Brian Mulroney, las cuales seguían la ruta trazada a las políticas energéticas federales puestas en marcha por gobiernos liberales que habían desatendido las demandas de los influyentes grupos empresariales del oeste, principalmente de la rica y petrolífera provincia de Alberta, lugar en donde se asienta el conservadurismo más tradicional de Canadá, pero al mismo tiempo, el más agresivo y económicamente el más poderoso.

La ruptura conservadora que se dio durante los años ochenta fue resultado de la negativa de las viejas élites *tories* concentradas en las provincias de Ontario y Quebec, en el sentido de dar un giro a la política tributaria en materia energética impuesta anteriormente por administraciones liberales. Esta actitud de las élites cosmopolitas *tories* de las provincias centrales —y en menor medida también de la costa atlántica— alimentó la molestia de las huestes conservadoras de la provincia de Alberta, quienes insistían en que los conservadores de otras regiones de Canadá ignoraban de forma displicente las necesidades de los conservadores del oeste. De esta manera, las coincidencias entre las élites liberales y conservadoras en materia de impuestos energéticos pusieron de manifiesto, una vez más, las afinidades que como grupo han compartido ambos sectores oligárquicos en el ejercicio de poder.

Fue precisamente dicha coincidencia de intereses y estilos para tomar decisiones entre las élites liberales y conservadoras de las provincias centrales de Canadá lo que provocó la escisión de los conservadores, ya que en el oeste, éstos decidieron fundar su propia agrupación política: el Partido Reformista. A raíz de ello, en las elecciones federales de 1993, 1997 y 2000, se pudo apreciar cómo el Partido Conservador Progresista fue perdiendo presencia gradualmente en todo el oeste, y esta tendencia decreciente del Partido Conservador de Canadá por excelencia se siguió dando como una constante hasta que renovados liderazgos conservadores decidieron unir su causa en el año 2003, cuando el Partido de la Alianza Reformista Conservadora Canadiense —heredero del Partido Reformista— y el Partido Conservador Progresista se unieron para formar una nueva agrupación partidista llamada simplemente Partido Conservador de Canadá. Esta nueva agrupación conservadora, bajo el liderazgo de Stephen Harper, llegaría de nueva cuenta al poder después de las elecciones federales de 2006, aprovechando las divisiones y escándalos alrededor del gobierno liberal de Paul Martin.

A través del análisis de estos hechos pudimos observar cómo Stephen Harper, una vez declarado su triunfo para encabezar un gobierno conservador minoritario en 2006, comenzó a llevar a la práctica una estrategia discursiva focalizada en su

abierto rechazo al incremento de impuestos, aprovechando la situación internacional de crisis generalizada en el mundo capitalista. En este escenario, el conservador Harper pudo rechazar posteriormente los compromisos de Kioto —firmados por sus antecesores liberales— argumentando que el Protocolo era un mecanismo socialista que obligaba a los países desarrollados a subsidiar a los países en vías de desarrollo y que cumplirlo afectaría los intereses de las clases empresariales canadienses asentadas principalmente en el oeste.

Fue de este modo que las elecciones federales de 2008 giraron en torno al tema ecológico y al Plan verde (*Green Shift*) del entonces líder liberal Stéphane Dion, quien proponía, entre otras cosas, la creación de un nuevo impuesto a los productores energéticos del oeste de Canadá, para así redestinar los fondos recaudados hacia nuevos y amplios programas sociales. Sin embargo, el discurso extremista de Harper, que rechazaba todo tipo de impuestos, encontró buena acogida entre la ciudadanía canadiense, que se manifestó abiertamente como una sociedad proclive al individualismo, mal informada y temerosa. Muestra de ello es el triunfo electoral conservador en 2008, resultado en el cual se aprecia la confianza de los electores en un primer ministro como Stephen Harper, quien ya se había revelado abiertamente como un individuo propenso al ultraconservadurismo político, social y económico.

Ahora, debe subrayarse que no obstante la existencia de un compacto círculo (liberal-conservador) que ha cogobernado Canadá desde hace más de siglo y medio, es un hecho que a partir de las elecciones federales de 2008, el añejo esquema político del país ha venido sufriendo una serie de alteraciones poco comunes en Canadá, que pueden notarse sobre todo a través de la puesta en marcha de varias políticas de gobierno, mismas que se manifiestan de forma explícita como parte de una agenda de la extrema derecha del oeste canadiense en el poder.

Estas prácticas, con Stephen Harper como principal protagonista en su papel de primer ministro, pueden verse en campañas electorales que envilecen al contrincante y dividen al país; también mediante decisiones de gobierno que refuerzan el carácter bélico de Canadá o sus políticas excluyentes y muy selectivas en materia migratoria y de refugio, asuntos todos éstos que han sido la constante a partir de la consolidación del gobierno conservador de Harper en 2011, después de que en las elecciones federales el electorado le volviera a reiterar su apoyo, pero ahora desde la trinchera de un gobierno mayoritario, sin importar que el gobierno conservador ya hubiera expresado sus intenciones de llevar a la práctica políticas abiertamente antiambientales y de duros recortes al gasto público en todos sus rubros.

Lo anterior corresponsabiliza a buena parte del electorado canadiense respecto de los agudos cambios que se han suscitado en el país sobre todo a partir de 2011, que fue cuando Stephen Harper ya tuvo todas las posibilidades de llevar a la

práctica sus reformas, amparado en la mayoría parlamentaria de su Partido Conservador, las cuales a nivel de gobierno, han ido colocando al partido en una posición doctrinaria muy atípica, una nueva postura dominada por el extremismo discursivo y las acciones unilaterales, muchas de las cuales parecerían haber rebasado el tradicional pacto oligárquico entre liberales y conservadores puesto en marcha en Canadá desde la fundación del país en el siglo XIX.

Fue precisamente debido a este carácter de extrema derecha en muchas de las decisiones del gobierno de Harper que un grupo de políticos encabezados por el liberal Stéphane Dion y el neodemócrata Jack Layton estuvieron dispuestos a sacar a los conservadores del poder, encabezando por primera vez en la historia un gobierno de coalición de centro-izquierda. Sin embargo, tal como hemos hecho notar en esta publicación, el carácter profundamente conservador y tradicionalista de las élites del país —avalado por su sociedad— evitó cualquier posibilidad de un gobierno coaligado entre liberales y la izquierda canadiense. Debe señalarse que este gobierno habría significado incorporar las tradicionales demandas neodemócratas, que incluyen una mayor inversión y ampliación de los servicios sociales a nivel federal.

De esta forma, no debe sorprender que juntos, la gobernadora general Michaëlle Jean y el primer ministro Stephen Harper detuvieran a ese posible gobierno coaligado mediante una prórroga parlamentaria improvisada, pero absolutamente legal, con la que las élites liberales estuvieron en posibilidades de destituir a Stéphane Dion como su líder, abrogando de facto cualquier intento de conformar un gobierno coaligado con el Partido Neodemócrata, mismo que, por cierto, promovía en sus estatutos —hasta abril de 2013— el carácter socialista de su proyecto político.

Así, al obligar a Stéphane Dion a renunciar al liderazgo de su partido, las élites liberales demostraron que preferían ser oposición de un gobierno conservador, antes que permitirse gobernar de manera coaligada con la izquierda y el Partido Neodemócrata. Para alcanzar lo anterior, y violando todos sus estatutos internos, los liberales no sólo llevaron a cabo una especie de golpe de Estado en contra de Dion, sino que además impondrían a Michael Ignatieff como líder interino, permitiéndole incluso extender su liderazgo mediante una reelección más allá del plazo convenido previamente para cualquier líder interino.

No obstante, fue evidente cómo esta práctica antidemocrática al interior del Partido Liberal terminó causándoles un alto costo político, una vez que Ignatieff se revelara como una persona contradictoria y poco confiable frente a sus tradicionales electores, sobre todo después de que se confirmara que Ignatieff llevaba a cabo acuerdos a puerta cerrada con el primer ministro conservador, a espaldas de su propio partido y contraviniendo incluso los designios consensados en las cúpulas liberales. En esa dinámica, tanto las bases como las élites del Partido Liberal observaron cómo su dirigente tomaba decisiones personales y las elevaba a rango partidista en total libertad.

Como era de esperarse, dichas prácticas nunca lograron fortalecer la imagen de Michael Ignatieff como líder de toda la oposición al interior de la Cámara de los Comunes, situación que favoreció la gestión del primer ministro Stephen Harper. Por consiguiente, la aguda caída liberal, conjugada con el fortalecimiento de los conservadores en el país, se reflejó en los resultados electorales federales de mayo de 2011, en que el Partido Conservador alcanzó un gobierno de mayoría absoluta.

Este proceso electoral fue el colofón de las divisiones y los graves errores en la imposición de Michael Ignatieff como líder liberal, pues no sólo perdió su curul, sino que arrastró a todo su partido a una derrota estrepitosa después de haber obtenido tan sólo poco más de tres docenas de curules, condición que dejó a los liberales como el tercer partido representado en la Cámara de los Comunes por primera vez en toda su historia. Esto dejó al Partido Liberal detrás del Partido Neodemócrata, el cual fungiría a partir de ese momento el papel de primera oposición en la Cámara Baja.

Estos resultados electorales significaron un rompimiento en la historia política de Canadá, una vez que la derecha en el poder, y la izquierda, como primera minoría, se encontraron frente a frente durante el periodo 2011-2015. Tal situación potencia una polarización entre los sectores sociales más politizados del país, lo cual se había evitado con éxito en Canadá durante muchos años gracias al esfuerzo de sus grupos oligárquicos por mantener, con sus diferencias, a gobiernos y oposiciones muy semejantes tanto a nivel ideológico como en sus administraciones.

De esta forma, sin importar quién gobernara Canadá —ya fueran liberales o conservadores—, la maquinaria del poder canadiense lograba cubrir con éxito las necesidades de su población, lo que provocaba el desinterés general del ciudadano común respecto de quiénes los gobernaban o cómo los gobernaban. No obstante, las cosas han cambiado con un primer ministro como Stephen Harper, quien no se ha preocupado por guardar el equilibrio en el manejo del poder entre *tories* y liberales en su carrera por forjar un nuevo tipo de país al parecer más orientado a la sobreexplotación de recursos energéticos y más proclive a las reducciones al gasto social.